

entre el amor, la poesía y la vanidad; se creia adorado de todas las bellas, espejo de la caballería, y príncipe de los trovadores. Pero en medio de sus extravagancias tenía una destreza esquisita en el arte, y ninguno de los poetas de entónces lo aventajó en armonía, en delicadeza, ni en ternura en sus composiciones amatorias. Su primer amor fué la linda esposa del vizconde de Marseilles: esta dama, sin seguir la costumbre de las princesas de su tiempo, distinguía entre el poeta y el hombre, y él fiando mucho en las distinciones que como á vate le prodigaban, fué algo temerario, y esto le produjo un destierro. Siguió á Ricardo I á las cruzadas. Los versos que compuso á su dama desde la isla de Chipre se conservan todavía. La locura de Vidal, ó mas bien el desarreglo de su imaginacion lo espuso á algunas de esas burlas que recuerdan á Don Quijote y á Sancho en la corte de la amable y alegre duquesa. Ricardo y sus compañeros se divertieron en casar á Vidal en Chipre con una muchacha de reputacion no muy inmaculada, presentándosela como sobrina del emperador griego. Vidal en uso de los derechos de su esposa, tomó desde luego el título de emperador, vistió la púrpura, se sentó en un trono y tomó el aire mas fantástico de autoridad. Pero no fué esta la mayor de sus extravagancias: al volver á Provenza escogió por objeto de su amor á una dama, cuyo nombre era *Louve* de Penautier. Como en muestra de galantería tomó él el nombre de Lobo (*Loup*) y para merecer las gracias de su señora y el nombre que habia adoptado se vistió con una piel de lobo y se hizo perseguir por una manada de perros. De este lance volvió medio muerto de cansancio á los piés de su señora, quien parece sintió compa-

sion, mas bien que amor al ver esta nueva hazaña. Pero, en general, los trovadores rara vez tenían razon de quejarse de las damas á quienes consagraban su amor y sus canciones. Las mugeres mas virtuosas y mas ilustres creian deber recompensar con sonrisas y favores la poética adoracion de sus amantes; y esto duró así, hasta que la profesion de trovadores fué deshonrada por las indiscreciones, las locuras, y los vicios de los que la ejercian.

Peyrols, famoso poeta provenzal, muy distinguido en la corte de Auvernia, se enamoró apasionadamente de la hermana del príncipe, baronesa de Mercoeur, y el Delfin, que era tambien trovador, enorgullecido con el génio de su músico, y con el poético afecto que tributaba á su hermana, quiso que ella hiciese á su amante todos los favores que no se oponian á su dignidad. Pero la dama no comprendió los deseos de su hermano, ó le fué difícil obedecerlo: el talento, los versos atractivos del *gentil trovador* pudieron mas que las ideas de dignidad. Peyrols fué amado, pero no tuvo suficiente discrecion. Lo traicionó el cambio repentino que se observó en el tono y en el estilo de sus canciones. Muchos de sus versos en que celebraba á la dama de Mercoeur, han sido conservados por Sains-Palaye y traducidos por Millot.

Sordellu de Mantur, cuyo nombre es familiar á los lectores del Dante, pues se encuentra en los pasages mas hermosos de su famoso poema, era italiano; pero como todos los mejores poetas de su época, escribia en provenzal, y parece que se robó á la hermana del moderno Phalaris, el tirano Ezzelino de Padua. Se encuentra un romance muy elegante de este trovador en la coleccion de Millot. El primero se repite como

ritornelo al final de cada estrofa, y dice: “¡Ay! de qué me sirven los ojos?” Describe los placeres de la primavera, que son nada para el poeta estando ausente el único objeto en que sus ojos se deleitan. El orden de la rima en esta composición pastoral es en extremo elegante y armonioso.

Como para completar la historia de la poesía amatoria de aquellos siglos voy á extractar de Nostradamus algunas noticias acerca de la jóven condesa de Die. Amaba y era amada del caballero de Adhémar (antecesor, según creo, del caballero de Adhémar que figura en las cartas de Mad. de Sevigné. No era el amante quien celebraba los encantos de su señora, sino ella que era ilustre poetisa, *docte en poesie*, cantaba las hazañas y la magnanimidad del caballero. Este, satisfecho con tal distinción, hacia copiar primorosamente los versos de su querida, y siempre los llevaba consigo. Donde quiera que estuviese, aún entre damas y caballeros, entretenía y recreaba á la concurrencia, entonando alguna canción en su propia alabanza y compuesta por la condesa. Tal publicidad dada á su amor era muy conforme con el espíritu de la época, y en nada dañaba la reputación de la condesa que era juzgada como de una virtud intachable, lo cual Adhémar hubiera defendido á lanza y espada, contra cualquier maldiciente que se hubiera atrevido á infamarla.

El fin de la historia de estos amantes es algo melancólico. Adhémar tuvo falsos informes de que la condesa, cuya constancia y pureza habia él defendido tan orgullosamente, fijaba sus sonrisas en un rival, se enfermó de pesadumbre y de dolor. Cuando esto supo la condesa, salió acompañada de su madre y de otras muchas damas y caballeros para visitar y

consolar á su amante con juramentos de fidelidad; pero cuando ella llegó á la cama del enfermo y corrió las cortinas, era ya demasiado tarde: Adhémar espiró entre sus brazos. La condesa tomó el velo en el convento de San Honorato y en el mismo año murió *de pesar*, según dice la crónica; y para que esta tragedia tenga una conclusión característica, la madre de la jóven condesa la sepultó en la misma tumba de su amante, y erigió un soberbio monumento á la memoria de ambos. La condesa de Die fué una de las diez damas que formaron la *corte de amor* que se celebró en Pierrefen en 1194 y que presidió Estéfana de Baur.

Estas cortes de amor, y las escenas á que daban lugar, se prestaban mucho al ridículo; las *hermosas y sutiles* cuestiones de amor, que con tanta solemnidad se discutían, y que decidían las señoras de mas alto rango, eran las mas veces absurdas, y sus decisiones todavía mas extravagantes. Pero con todo, la grande influencia que daban á las mugeres y la galantería que introducían en el trato entre los dos sexos, les daban un carácter propio para suavizar las costumbres, para refinar el idioma y para resistir las pasiones y los sentimientos de un misticismo filosófico. Pero las alegres y galantes cortes de amor, los trovadores provenzales, sus canciones que por dos años fueron la delicia de las clases todas del pueblo y habian estendido la música, el amor y la poesía por todas partes, su idioma que habia sido el escogido para la galantería en todas las cortes de Europa, todo desapareció de la tierra. La gloria de la literatura provenzal, comenzó cuando la Provenza fué elevada á feudo independiente, bajo el conde Berenger I por los años de 1100; duró dos siglos, y ter-

minó cuando ese hermoso país fué teatro de la horrible cruzada contra los albigenses, cuando la inquisición mandó sus huestes esterminadoras á esparcir el horror y la devastación por todas partes, y cuando las guerras y la rapacidad de Carlos de Anjou, casi despoblaron el país. El idioma que había tenido para celebrar hechos de heroísmo y de amor, sirvió solo para cantar el desaliento y la desesperación. Los trovadores, de una manera digna de su misión noble y caballeresca, generalmente abrazaron la causa de los albigenses, y la de los oprimidos, cualquiera que fuese su creencia. Por esto en muchas provincias, y principalmente en Lombardía, se prohibió el dialecto provenzal, temiendo que introdujese principios heréticos y sediciosos: gradualmente fué cayendo en desuso, hasta perderse en absoluto olvido.

Ya no eran los trovadores bien recibidos ni agasajados en los castillos, ni en los salones donde un tiempo habían recreado con sus canciones á damas y caballeros, sino que se vieron obligados á vagar como simples músicos y juglares. Un siglo mas tarde (en 1324) queriendo revivir la galantería poética, se establecieron los juegos florales de Tolosa. Al principio se celebraron con el mayor esplendor y con una apariencia verdaderamente antigua; pero despues degeneraron en mera escuela de afectación. La raza primitiva de los trovadores se había estinguido mucho ántes de que se pensase en Clemencia de Isaura y en su violeta de oro.

No puedo dejar este asunto de los trovadores, sin hacer una ó dos observaciones para concluir. A esos bardos debemos algunas nociones de poética justicia que no ocurren en Horacio ni en Longino; son mas magnánimos y sus sentimientos son

mas morales que los que prevalecían entre los cultos griegos y romanos. El generoso Héctor y el constante Froilo, se pintan invariablemente como superiores al sutil Ulises y al salvaje Aquiles. Teseo, Jason y Eneas, en vez de aparecer como héroes y favorecidos de los dioses, tienen un carácter de malos caballeros y de traidores al amor y á la hermosura. Los bardos caballerescos creían que las lágrimas de una mujer empañaban las hazañas de los semi-dioses, y así olvidan la gloria toda de Teseo, para simpatizar con Ariadna; Eneas en los romances es indigno de la felicidad y de la victoria por su perfidia, por eso está lleno de enemigos; se ve perseguido por el espíritu triste de la pobre Dido, y por último, es condenado á perecer miserablemente. Jason no es mejor tratado, y todos estos poetas lo condenan á la execración. Dante lo pinta de una manera terrible, en uno de los círculos mas bajos del infierno, y entre una multitud de viles seductores que faltaron á la fé prometida, ó despreciaron los encantos de la muger. Hay demonios que lo martirizan sin tregua ni misericordia, para así vengar los agravios de Hipsipila y de Medea.

Chaucer cuenta esta misma historia lleno de indignación; y llama á Jason *origen de falsos amantes*, y lo pinta como al hombre mas pérfido de la tierra.

Siguiendo ese mismo espíritu de veneración hácia las virtudes del bello secso, Alcestis, esposa de Admeto, la que sacrificó su vida para prolongar la de su marido, es ponderada y honrada sobre todas las heroínas de la historia clásica. Ha sido considerada como divinidad tutelar, como una segunda Venus, adornada de mas nobles atributos, y en su nueva

esistencia, aparece como esposa y compañera del mismo amor.

Otra peculiaridad de la literatura de la edad media, era la adoracion tributada á la *Margarita*, como emblema de cuanto hay amable en la muger. No está muy averiguado cómo esta flor tan humilde fué preferida al lirio, que tanto estimaban las reinas y á la suntuosa rosa: parece que todo proviene de que la querida de uno de los antiguos poetas provenzales se llamaba Margarita, y despues esta flor se hizo de moda y tenía algo de poética mitología. En el poema de "*La Flor y la hoja*," de Chaucer, se acercan cantando un coro cuyo ritornelo dice: "qué dulce es la margarita."

MR. S. JAMIESON.

(Traducido para el *Presente Amistoso*.)

A UN SAÚZ SECO.

SONETO.

Tu á cuya grata sombra, en otros días

Viniera Elisa á descansar conmigo,

Arbol que fuiste de mi amor testigo

Cuando tus ramas sobre mí tendías;

¿Cómo pensar que así te secarías?

¿Cómo pensar que tu ramage amigo

Que fuera de las tórtolas abrigo,

Marchitarse y caer pronto verías?

¡Ay! tu vida pasó como las flores,

Tambien las horas de mi amor pasaron

Fugaces como el aura perfumada;

Me queda por consuelo á mis dolores,

Un tronco que los tiempos respetaron

Para grabar tu nombre, Elisa amada.

Febrero de 1851.—FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.